

30 de agosto de 2024 - Viernes de la ^{21ª} semana par

[1 Cor 1, 17-25; Mt 25, 1-13](#)

Homilía

Había diez vírgenes: cinco necias y cinco prudentes. Las diez se durmieron cuando el novio tardó en llegar. Todas... tanto las prudentes como las necias. Por eso no reprochamos a las necias que se durmieran, ni felicitamos a las prudentes por permanecer despiertas. Todos se durmieron. La diferencia entre los dos grupos es que estos últimos habían llevado aceite consigo, mientras que los otros no.

¿Qué puede significar este aceite? Creo que significa el recuerdo constante de Dios, esta *memoria Dei* o *memoria Christi*, que está en el centro de la vida cristiana y, de un modo particular, en el centro de la vida monástica.

El objetivo de la vida monástica es la oración continua. Esta oración se nutre de *la lectio divina*, se inspira y se expresa varias veces al día en las horas del Oficio Divino recitadas en común. Sin embargo, no puede ser una verdadera oración constante y continua sin un *recuerdo* constante de Dios.

Si vivimos con este *recuerdo* constante de Dios en el corazón, cada vez que nos encontremos ante una decisión que tomar -- ante un reto al que debemos responder, ante una llamada que Dios nos dirija -- responderemos de forma coherente con el Evangelio de Jesús. Él nos reconocerá y nos dirá: «Entrad en el Reino del Padre». Si, por el contrario, no vivimos con este recuerdo constante de Dios en nuestro corazón; si nuestro corazón está ocupado por otras preocupaciones, nos despertaremos perdidos y desesperados cuando nos enfrentemos a esta llamada. Entonces oiremos las terribles palabras: «No te conozco». La razón es que el «conocimiento» -el verdadero conocimiento, como el amor- o es mutuo o no lo es.

Armand Veilleux